

Editorial

Cuando las catedrales son laicas

Hoy, cuando muchos arquitectos se preparan para concursar al Palacio de Festivales de Salamanca —que la revista promete recoger en su día—, resulta oportuno aprovechar la ocasión para ofrecer la liza restringida que han librado un reducido número de proyectistas en torno al Palacio de Festivales de Santander.

La bahía de Santander presenta hoy una ambigüedad muy sugestiva: siendo un hermoso escenario natural, en al propio tiempo un lugar urbano —acuático— alrededor del cual se desarrollan múltiples actividades, portuarias, industriales, residenciales, terciarias y deportivas, que se entrecruzan en sus aguas. Vista desde este espacio urbano, la ciudad se presenta como un caserío amontonado sobre las laderas que caen al mar. Sólo la orilla impone su orden en algunos tramos: el Paseo de Pereda y la Avenida de Reina Victoria. Entre ambos, rodeado por una amalgama de viviendas y pequeñas industrias, se encuentra el solar objeto de concurso. El Palacio de Festivales es la oportunidad de recuperar esta área hoy céntrica y, como se ve, fundamental para la ciudad. Esta recuperación supone resolver dos cuestiones: dotar a la ciudad de imagen hacia la bahía y estructurar el área descrita.

Desde este punto de vista, las propuestas más atractivas son las más radicales. Sáenz de Oíza, con su opción ganadora, y Moneo proponen edificios de una gran presencia formal aunque de muy diferente significación. La gran estructura del proyecto ganador, con sus torres de esquina, bien pudo inspirarse en la potente plataforma de dragados varada a pocos metros del solar y dibujada en las perspectivas del concurso, mientras que la propuesta de Moneo desarrolla la idea de un edificio bajo una inmensa cubierta como algo de garantía y tradición en latitud de tanta lluvia. Podríamos, pues, poner al primero de estos proyectos la etiqueta de “moderno”, si como aventuramos busca la inspiración en una “máquina” ajena a la arquitectura, y al segundo la de “disciplinar”. Por su parte, en esa misma línea, Lomba y Malo buscan la potencia en la rotundidad geométrica del semicilindro.

Aunque los volúmenes en que se descompone la propuesta de Navarro Baldeweg son también elementales y netos, buscan, más que imponerse por su potencia, establecer un orden formal capaz de ordenar el caos que le rodea. La plataforma sobre la que dispone exquisitamente sus edificios, como piezas en un tablero, y que se abre a la bahía, es un gran acierto. Por el contrario, no es fácil seguir a este autor cuando propone una sofisticada traslación de la imagen de “casa” para esta gran casa de la música.

Este proyecto es también radical y acertado —coincidiendo en ello ahora con el de Moneo— al adelantarse con respecto al edificio vecino en construcción. Consiguen con ello ambos proyectos dos objetivos: una mayor presencia y jerarquía que su vecino —pasando éste a un segundo plano— y “cerrar” el espacio de la calle Castelar, asomándose así al centro de la ciudad. La propuesta ganadora y la de De la Fuente, por el contrario, respetan la alineación del vecino y adelantan tan sólo una plaza porticada.

Si proseguimos el análisis comparado de los proyectos, ahora con las plantas, descubriremos dónde ponen el interés unos y otros. García de Paredes y García Pedrosa demuestran su conocimiento del tema con unas plantas mecánicamente perfectas, que funcionalmente son las más convincentes del concurso. En esta línea están también los proyectos de Lomba-Malo y De la Fuente, Moneo, sin desdeñar la resolución funcional del edificio, se interesa sobre todo por “valorar” los espacios interiores a base de contrastes: el alto faro que ilumina el vestíbulo de entra-

da ancho y bajo o las larguísimas escaleras recogidas en altos y estrechos lugares, son ejemplos de lo dicho. Parecidas intenciones conducen el proyecto de Pedro Arbea con su planta baja diáfana, uniendo ambas calles en un espacio continuo, o con el espacio ceñido por la doble fachada al mar.

Ideas que exigen un mayor desarrollo para explicarse. El proyecto de Navarro Baldeweg propone también unos hermosos espacios, singularmente las dos salas en que queda dividido el auditorio con el escenario entre ambas. Siendo su propuesta la más elaborada de las presentadas, el dibujo más bonito es la sección en la que se representan dichas salas. Unas salas sobre las que viene trabajando el autor desde hace tiempo.

Sin embargo, la tentación de proseguir con la investigación sobre estas piezas, ha llevado a Navarro Baldeweg a una sala inadecuada al programa planteado. Puede decirse que lo que este anteproyecto tiene de más personal, es lo que, gustando a todos, ha significado su descalificación.

Sáenz de Oíza, consecuente con su habitual defensa de la “idea” frente al anteproyecto como grado de desarrollo adecuado del trabajo de los concursos, presenta la idea más “abierto” de todas. Una idea que permitirá al proyecto convertirse en aquello que su desarrollo exija. Para ello, los “espacios sirvientes” se repliegan a una mera insinuación, dejando a la sala todo el protagonismo; es otra vez el gesto radical.

Terminaremos estas líneas referidas al concurso con una consideración sobre el resultado.

Debido a que la decisión la tomó el Gobierno de Cantabria después de los informes de una variada comisión no compuesta totalmente por arquitectos, no hubo en realidad un fallo, dispersándose así las recomendaciones de dicha comisión. Ello hace que la idea de Sáenz de Oíza haya sido aquella que, entre los excelentes proyectos presentados, interesó también a los no arquitectos, característica que tiene una gran importancia en cuanto su propuesta ha sido capaz de llegar a los menos iniciados con fuerza propia. La revista se congratula tanto con este fallo como con el alto nivel del concurso, que los lectores comprobarán.

Por otro lado, y siguiendo con nuestra crónica habitual de la arquitectura española, publicamos algunos edificios escolares de carácter diverso. Unos de ellos son encargos de la Generalitat catalana, como la escuela en Santa Coloma de Gramenet, de los arquitectos Bru y Mateo; el E.G.B. de Prat de Llobregat, de los arquitectos Armesto, Martí, Chico, Marco y Theilacker, y el centro escolar de Bosch, Tarrús y Vives.

En otro caso se trata de la rehabilitación de una antigua fábrica del ensanche barcelonés, realizada por los arquitectos Fayos, Giol y Ferrán y Xavier Listosella, para edificio escolar y centro cultural. Por último, se publican dos trabajos de grupos madrileños, el centro de F. P. construido en la Elipa, en Madrid, por los arquitectos López Sardá y Velasco, y la escuela universitaria en Burgos, de los arquitectos Rodríguez de Partearroyo, Ortega y Capitel.

El número se cierra con un interesante texto del profesor Simón Marchán sobre la arquitectura de K. F. Schinkel, que se ha ilustrado con la mayor profusión y calidad posible de modo que constituya una documentación bastante completa sobre la obra del maestro alemán, al tiempo que ilumine las atractivas tesis del autor del artículo.

Secciones menores de carácter habitual completan la revista.